

Juan Crisóstomo

DISCURSO A ESTELEQUIO

I

La compunción eleva a la contemplación

¿Cómo es posible que yo cumpla tu deseo, oh Estelequio, santo hombre de Dios, de escribir sobre la compunción, con un alma tan flaca y fría? Para expresarme sobre este tema sublime, pienso que lo primero a tener en cuenta, ante cualquier otra consideración, es estar intensamente inflamado, ardiente de tal pasión que las palabras proferidas sobre el tema caigan sobre las almas de los oyentes, enrojeciéndolas más que el hierro incandescente. Y a mí, tal fuego me falta, y todo aquello que está dentro de mí “no es más que ceniza y polvo” (Gn 18,27).

De qué parte, dime de dónde atizaremos este fuego, si no tenemos ni siquiera una llamita. No tengo a mi disposición leña ni aviva fuego para reanimarlo, y espesa es la niebla que la multitud de pecados extiende sobre mi alma.

Ciertamente, yo no sé corresponde a ti. Ya que me confías el encargo, dime de qué manera pueda cumplirlo para efectuarlo como conviene. Por mi parte, prestaré lo único que tengo: el servicio de la lengua.

Ruega a Aquél que sana a los contritos de corazón (Sal 146,3), infunde coraje a los pusilánimes, y levanta de la tierra al pobre (Sal 112,7), para que conceda el fuego que consume toda humana debilidad, y corta toda somnolencia de la pereza y la pesadez de la carne. Pide a Aquél que endereza las alas del alma al cielo, y desde tal ábside y cima escondida a nuestros ojos, que muestre la vanidad y la ficción de toda la vida presente.

II

Buscar la paz celestial

Quien no alcanza a elevarse sobre las alas hasta allá arriba, o a permanecer como en una gruta, no tiene posibilidad de ver cómo se aprecia la tierra y los hechos de la tierra. Siendo infinitas las cosas que oscurecen la vista, muchas las que perturban el oído, y tantas que traban la lengua, es necesario substraerse de toda perturbación y niebla, y retirarse a aquella soledad donde la tranquilidad es plena, pura la serenidad, y es eliminada toda perturbación.

Hay que retirarse donde los ojos jamás fallan, siempre fijos en el amor de Dios, y donde los oídos están firmemente atentos a una sola cosa, para escuchar las divinas palabras y aquellas suavísimas y espirituales sinfonías que conquistan al alma y la dominan con tal fuerza que, quien es arrastrado por ellas, no encuentra más satisfacción en tomar alimentos, bebidas o sueño. En ese tal no debilitan su tensión ni el tumulto de las humanas preocupaciones ni el peso de las corporales vicisitudes.

No llega, pues, a estos vértices sublimes del alma, el rumor de las terrenas furiosas tempestades. Está al seguro, como en la soledad de los montes más altos quien. Allí se protege para no poder oír ni ver cuanto se hace o se dice en la ciudad, que escucha solamente un horrible zumbido, no más agradable que el rumor de las avisvas. Así, no sienten nada de nuestras cosas aquellos que, retirados de la vida del mundo, han desplegado vuelo hacia la sublimidad de la filosofía espiritual. En los demás, el cuerpo y los sentidos corporales, con una infinidad de ataduras, tienen ligada al alma para que ella se oriente hacia la tierra.

Aquí abajo, y por todas partes, los sentidos se dejan llevar por la amarga tempestad de los mortales placeres, y el oído, la vista, el tacto, el olfato y la lengua no hacen más que recibir dentro del alma tantos males que vienen de afuera. En cambio, cuando el alma se hace etérea se ocupa tranquilamente de las cosas espirituales, cierra la entrada a las malvadas fantasías con un muro y no obstaculiza la apertura de los sentidos sino que los abre al camino de los más sublimes fines.

Así actúa el alma, como una señora capaz de infundir temor o temblor, al preparar un

ungüento refinado, precioso y de alto precio. Debiendo servirse para eso de muchas manos, despierta a sus siervas y las hace venir hacia sí. A una manda separar con la criba, los aromas aún no preparados para el uso. A otra hace examinar exactamente con la balanza y establecer si hay algo necesario de menos o de más, para que nada rompa las proporciones del conjunto. A otra ordena cocinar a fuego lo que necesita. A otra ordena quitar lo que no puede estar. A otra hace poner y mezclar los diversos ingredientes. A otra le dice estar vigilante con el vaso de alabastro. A una hace sostener con la mano un vaso, y a otra otro. A todas impone, así, concentrar la atención y poner la mente y las manos en aquel trabajo. Con su empeño, impide que algo vaya mal. Vigila todo, no concediendo ni aún a los ojos de ellas que giren por doquier o se distraigan. Así actúa el alma, cuando prepara el precioso ungüento de la compunción, reclama la atención de los sentidos y corta su negligencia.

Para conseguir eso, el alma se repliega sobre sí misma, para hacer pensar lo que exige la honestidad y la piedad. Para conseguir eso, el alma pone en guardia a los sentidos, y los libera absolutamente de las actividades intempestivas o superfluas, contrarias a su tranquilidad interior. Por eso, aún si los sonidos golpean a los oídos, y los espectáculos a los ojos, nada penetra interiormente si la actividad de cada uno de estos organismos está dirigida al alma. Pero ¿por qué hablar de sonidos y espectáculos, por los cuales muchos no ven ni quien pasa cerca de ellos, o hasta quien los atropella? La fuerza del alma es tal que, quien lo quiere, encuentra hasta factible vivir sobre la tierra como si tuviese la morada en el cielo, sin escuchar nada de cuanto ocurre sobre la tierra.

III

Pablo, modelo de vida celestial en la tierra

Así fue San Pablo, viviendo en la ciudad terrena y sintiéndose tan extraño a las cosas presentes, como los acostumbrados a separarse de los cadáveres de los muertos. Cuando dice “para mí el mundo está crucificado” (Gal 1,6), habla de este modo de ser, insensible. Y no sólo eso, sino también de un segundo modo de ser, tanto que se pueden distinguir dos clases de insensibilidad. En efecto, no dijo sólo “para mí el mundo está crucificado” y basta, sino también “como yo lo estoy para el mundo” (Gal 6,14), hablando claramente de un segundo modo de ser. Gran filosofía es juzgar *muerto* al mundo, pero más alta es la de comportarse como muertos para él.

Lo que Pablo quiere decir, aproximadamente, es lo siguiente: No sólo hay que ser extraños a las cosas presentes (como lo están los vivos de los muertos), sino como lo están los muertos de los muertos. Porque quien vive, si bien no se siente atraído por el muerto, con todo experimenta para con él otros sentimientos, admirándole aún la belleza pese a ser ya cadáver o demostrando compasión y llorándolo. Quien está muerto, en cambio, no tiene para sí mismo tal comportamiento o disposición.

Esto es lo primero que dijo con las palabras “para mí el mundo está crucificado”, agregando después aquello de “como lo estoy yo para el mundo.” Contempla cómo Pablo es un extraño para el mundo y cómo, desde la tierra en la cual continúa viviendo, inicia un salto y llega hasta la cima del cielo.

No comparemos esta cima con la altura de los montes, con sus bosques, valles y soledades inaccesibles, porque todo esto no basta por sí solo para eliminar las agitaciones del alma. Debe tenerse la llama que Cristo encendió en el alma de Pablo, y que él santamente fue realimentando con las meditaciones espirituales, que le permitían alcanzar tan sublimes alturas. Avivada aquí en la tierra, su llama llegó primero a este cielo, y después todavía a otro más. En efecto, Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo (Gal 12,2), pero su llama de amor por Cristo le hizo sobrepasar los tres cielos y llegar a todos.

Su estatura física era baja (Hch 9,25; 2Cor 11,33), mas por ello no tuvo Pablo nada menos que nosotros, sino que superó fácilmente a todo hombre de la tierra por la actitud de su espíritu. No se equivocaría quien aplicase al apóstol la imagen de la llama, de una llama que, invadiendo toda la superficie de la tierra, se eleva en alto, subiendo hasta la esfera celeste y penetrando en la zona superior a la del aire. Pablo penetra de fuego, en efecto, las partes intermedias entre los dos cielos, no parando su carrera sino pasando inmediatamente al tercero y seguir subiendo sobre todo cuanto se extiende a lo largo de la tierra y más allá de lo alto del tercer cielo.

Con esto no creo haber dicho lo mínimo de la inmensidad de su amor. Esta expresión no es hiperbólica, como podrá exactamente comprobar quien recorra cuanto escribí acerca del argumento a Demetrio. Así, hay que amar a Cristo, y hacerse extraño a las cosas presentes.

De tal naturaleza se revelaron las almas de los santos profetas, que por ello se aprovisionaron de otros ojos. A su empeño se debe el hecho, y la gracia de Dios, de haberse vuelto extraños a los bienes presentes y al que hubiesen tenido otros ojos, para la contemplación de los bienes futuros.

Así Elíseo, habiéndose alejado de todo bien del mundo, se enamoró del reino de los cielos. Teniendo por vil todos los bienes presentes, el reino y el poder, la gloria y el honor por parte de todos, pudo ver lo que ningún otro jamás había visto: un monte perfecto, lleno de caballos de fuego, carros y soldados, atrincherados en el campo (1Re 6,17). En efecto, no podrá jamás ser juzgado digno de contemplar las cosas futuras quien se vanagloria de las presentes, sino solamente aquel que las desprecia, considerándolas tan sólo como sombras o sueño. Éste es el que llega fácilmente a las realidades grandes y espirituales.

En nuestro caso, cuando vemos crecer a nuestros hijos hasta llegar a ser hombres, y no estimar las cosas de niños, les revelamos las riquezas que condicionan a los hombres maduros. No obstante, no les juzgamos capaces de estas últimas mientras continúen entusiasmados por aquellas otras.

El alma que no se ejercita en el desprecio de las pequeñas cosas del mundo no será atrapada por aquellas del cielo, y si no se entusiasma por éstas no podrá reírse de aquellas. Esta verdad la expresaba San Pablo, diciendo que “el hombre animal no comprende las cosas del Espíritu de Dios” (1Cor 2,14). Si bien con estas palabras Pablo se refería a la doctrina, nosotros podemos deliberadamente aplicarlas a nuestras costumbres y a los dones de Dios.

IV

David, modelo de compunción cristiana

Debemos buscar no tanto el lugar cuanto el propósito de la vida solitaria, antes de cualquier otra consideración, que lleve al alma al desierto.

De tal santa disposición fue modelo David, que si bien habitaba en la ciudad en la conducción del reino, y entre infinitas preocupaciones que lo tenían absorbido, vivía como raptado por ardor a Cristo más que aquellos que vivían como eremitas. Fue más fervoroso que cuantos abrazaron tal cruz, porque entre éstos, si bien hay algunos, hoy sólo a uno o dos podrías encontrar con iguales manifestaciones de lágrimas, gemidos y dolor, día y noche. No debemos tener en cuenta tan sólo los lamentos, sino también quien los derramó. Que sea humillado, rebajado y castigado un hombre de tal dignidad, por todos honrado y por nadie reprendido, no es lo mismo que para otro que actúa de la misma manera, siendo de distinta condición social.

En efecto, todo rey vive entre infinitas cosas que lo inducen a la disipación y le impiden el recogimiento espiritual. Los placeres diarios lo llevan a la disolución y a la molicie, el poder lo infla y le transtorna la cabeza, y el amor a la gloria y a la lujuria lo

quemar, haciéndolo hijo del extra-poder y alumno de los placeres. Además de eso, la preocupación por los negocios, que de todos lados lo zarandean, tiene agitada su alma no menos que las mencionadas pasiones. Así, la compunción no puede encontrar ni un pequeño resquicio para penetrar en él, pues tantas son las dificultades que ella encuentra.

La compunción, sinceramente deseada, es un bien que puede anidar solamente en un alma, libre de todos estos males. En cambio, quien vive como un ciudadano privado, alejado de tal torbellino, puede fácilmente llegar a tal meta, excepto que sea demasiado disipado. No lo puede, en cambio, quien tiene gran poder, supremacía y autoridad. Pienso, además, ser demasiado difícil, o imposible, que la voluptuosidad esté junto a la compunción. Esto sería como pretender que el fuego estuviese junto con el agua, elementos contrarios que se eliminan mutuamente. La compunción produce el llanto y la templanza, mientras que la voluptuosidad es la madre de la ligereza y de todo abuso. Una hace al alma liviana y alada, y la otra la vuelve grave y pesada más que el plomo.

No he dicho de David lo que ciertamente es más importante: que vivió cuando aún no era exigida una vida tan austera. Estamos en tiempos en los cuales muchas otras cosas estaban prohibidas, con la amenaza de graves penas. Era severamente condenada la algarabía desmesurada, y siempre se postergaba el duelo y la aflicción. El rey David, si bien con gran dificultad, abrazó éstas con gran fortaleza de ánimo, jamás teniendo en cuenta, ni en sueño, ni su reino ni su real majestad. Él demostró en la púrpura, con la diadema, y en el trono, una perfecta compunción, siendo el primero en ponerse el vestido penitencial, o en sentarse en las cenizas y en el desierto.

Es un bien que confiere, a quien verdaderamente lo tiene, el vigor que tiene el fuego entre las espinas. Aunque oprimido por innumerables males, muchas veces atado por las cadenas del pecado, quemado íntegramente por el fuego de las pasiones, atormentado intensamente por el tumulto de los negocios del mundo, de todo es liberado David al llegar a la compunción. Ella arroja todo e inmediatamente del alma, sólo con el simple golpe de su látigo. Como al ímpetu de un viento fuerte no puede resistir el polvo liviano, así los deseos de la carne no pueden sostener la entrada fuerte de la compunción. A aquella la limpia y le hace desaparecer rápidamente el polvo o el humo. Si el amor carnal transforma al alma en esclava del ser amado, hasta alejarla de cualquier otro amor, y crucificarla solamente a la tiranía de la persona amada, ¿qué no podrá el amor de Cristo, unido al temor de perderle?

Estos sentimientos agitaron el alma del rey David, a tal punto que dijo: “Corno el ciervo busca las corrientes de agua, así mi alma aspira a ti, oh Dios” (Sal 41,2), y: “Mi alma está por ti como la tierra sin agua” (Sal 62,2), y: “A ti se abraza mi alma” (Sal 62,9), y: “Señor, no me sanciones con tu furor, y no me castigues con tu desprecio” (Sal 6,2).

V

Meditación de David sobre el 8º día, o día de la compunción

No se diga que en este Salmo 6 David deplora el pecado. Esto no es cierto, como lo sugieren las palabras iniciales del título, que no hacen suponer tal cosa. Si del título no resultase claro el argumento, con buena voluntad se podría ver en él una referencia a sus deberes. Quien así pensase, que recuerde que el relato no contiene esto, y que el tema tratado es otro. No confundamos el sentido de las divinas palabras, y no demos más peso a nuestras elucubraciones que a las enseñanzas del Espíritu Santo.

¿Cuál es, entonces, el título? Está escrito *Sobre el Octavo*. Es decir, sobre el octavo día, que es aquél grande y luminoso que arderá como fuego en un horno y hará temblar a las potencias superiores, según está escrito: “Las potencias de los cielos se conmoverán” (Mt 24,29). Él, con el fuego, se mostrará precediendo al Rey eterno, que desde entonces reinará.

Lo llamó “el día octavo” para indicar que la vida futura transformará todo con la renovación total del estado actual del mundo. Donde existe sólo la semana, con su principio en el primer día y su término en el séptimo (por la regularidad de las órbitas con los mismos intervalos), David procede del mismo punto de partida para retornar al mismo punto final. Por otra parte, no puede llamarse “octavo día” al domingo, porque es el primero del ciclo de la semana y no termina en el número ocho.

El “octavo día” aparecerá en el mundo, cuando todas las cosas de aquí abajo hayan alcanzado su término y sean destruidas. Su ciclo no retornará al punto de partida, sino que habrá nuevos intervalos. Por la gran compunción, David conservó siempre esculpido en el corazón el recuerdo del juicio, y tuvo con alegría continua e interior el culto de aquel día, del cual nosotros nos acordamos a duras penas y nos afligimos.

Escribiendo este salmo tuvo su mente David, fija y continuamente, en el juicio. Por tanto, dice: “Señor, no me sanciones con tu furor, y no me castigues con tu desprecio” (Sal 6,2). Habla de *furor* y *desprecio* por la intensidad de la venganza, sabiendo que a la divinidad le es extraña toda pasión y que sus acciones no son dignas de pena y suplicios, sino de honores y diademas.

Demuestra la virtud y la perfecta conducta de vida de David el hecho que, con su fe, destruyó la torre de los gentiles extranjeros, y arrancó de las puertas de la muerte a toda la nación judaica (1Sm 17), y trocó en bien el mal de quien lo vejaba (y no una o dos veces sino muy a menudo; 1Sm 21; 2Sm 1,1), e incluso lo que Dios dijo solamente respecto de él (Sal 88,21-38). Sus acciones, por grandes y admirables que sean, podrían plantear tal vez alguna grave pregunta sobre su santidad. No obstante, la perfección de las obras por él realizadas alejan toda sospecha. ¿Por qué? Porque si Dios dio testimonio de ellas, éstas están más allá de cualquier sospecha. Si Dios no hubiera querido dar pruebas precisas de su virtud, no habría dado a David aquella celeste declaración. ¿Cuál? Dios dijo de él: “He encontrado en David, hijo de Jesé, a un hombre según mi corazón” (1Sm 13,14; 16,11-13,14; 16,11-13; 1Re 13,14).

VI

David, un siervo inútil

A pesar de semejante juicio de Dios, y de tan grave virtud, David profirió expresiones de condenados que no tienen fe alguna en Dios. Lo hizo para cumplir el precepto evangélico que dice: “Cuando hubiereis hecho todo aquello que os fuera ordenado, decid: Somos siervos inútiles” (Lc 17,10). En efecto, ¿qué otra cosa habría dicho el publicano, cargado de tan innumerables culpas, que no se permitió ni aun levantar los ojos al cielo, sino lejos de proferir un largo discurso, ni aun se atrevió a ponerse en el mismo lugar del fariseo? Éste, de hecho, para su desgracia decía: “No soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros, o como este publicano” (Lc 18,1). El publicano aceptó aquellas palabras como si en ellas no hubiese notado nada desagradable, y no se indignó por eso, y tuvo tanta devoción por aquel insolente fanfarrón que hasta no se creyó digno de la tierra que pisaba. No dijo una sola palabra que no fuese confesión de sus pecados, sino que se golpeó fuerte el pecho y suplicó a Dios que le tuviera misericordia.

No causa ninguna maravilla que el publicano obrase así, y hasta parece lógico que estuviera con la cabeza inclinada hacia abajo por la multitud de sus pecados. Lo que sí resulta extraordinario, y auténtico signo de ánimo contrito, es el hecho de que un justo, al cual nada remuerde la conciencia, llegue a condenarse como el publicano. ¿Qué diferencia hay, pues, entre las palabras “ten piedad de mí, que soy un pecador” (Lc 18,13), y “Señor, no me sanciones con tu furor y no me castigues con tu desprecio” (Sal 6,2)? La segunda oración dice mucho más que la primera, porque el publicano no se atrevió ni a mirar al cielo, mientras David hizo aún más. El publicano dijo simplemente “ten piedad de mí”, y David

tuvo el coraje de decir no sólo “no me sanciones”, sino también “con tu furor”, y no sólo “no me castigues” sino con “con tu desprecio”, pidiendo no sólo ser liberado de cualquier castigo, sino escapar de las penas más duras.

VII

David, un pecador necesitado de piedad

Entre las dos expresiones, podemos admirar la humildad del alma de David, que se estimó digno de gran suplicio y no creyó justo pedir a Dios la completa remisión (cosa que, justamente, hacen aquellos que son dignos de la máxima condenación, y están persuadidos de ser más pecadores que otros hombres).

Cosa más grande de creer fue aquella que debía atribuirse solamente a la misericordia y benignidad divina: el hecho de no recibir la extrema condenación, después del pecado cometido y según está escrito: “Piedad de mí, porque estoy sin fuerzas” (Sal 6,3). ¿Cómo pudo decirlo? Como lo podía uno que mereció el testimonio de Aquél al cual no escapan los juicios de Dios, y que dijo: “Me he propuesto tus juicios” (Sal 118,30), mientras resplandecía su luz más fulgurante que el sol.

Sí, es maravilloso el hecho que, habiendo llegado a tan alta perfección, no haya hablado o pensado de sí soberbiamente, sino que se haya considerado el último de todos y haya comprendido que su salvación depende solamente de la divina benignidad. Soy digno de la inexorable justicia y del eterno suplicio, parece decir, pero como no puedo de ningún modo gobernar, pido la liberación de estos males presentes.

David hizo como los siervos responsables de innumerables fechorías, que no pueden negar haberlas cometido y que, por otra parte, no llegan a soportar el dolor de los látigos, y suplican ser librados al menos de otros castigos. Yo creo que él haya querido hablar de otro modo de “estar sin fuerzas” (Sal 6,3). ¿Cuál? Lo que es fruto de la angustia y del llanto, porque cuando el exceso del dolor nos abate con más violencia, ordinariamente corroe todas las fuerzas del alma.

Deduzco que David haya experimentado tal sufrimiento, por el hecho que repite siempre la propia condenación, sin jamás pensar en la esperanza del bien, con el constante temor aún de ser siempre peor. Lo aclara el texto siguiente, en que a la expresión “piedad de mí, porque estoy sin fuerzas”, inmediatamente agrega: “Sáname, oh Señor, porque mis huesos tiemblan, y mi alma está toda desmoronada” (Sal 6,3-4), y eso que antes había dicho: “Señor, no me castigues con tu furor” (Sal 6,2).

David tenía una conciencia pura, y suplicó no ser examinado en sus acciones con rigurosa medida. ¿Qué cosa haremos nosotros, que estamos enredados con tantos males, tan lejos de poseer la esperanza que él tenía en la confesión? ¿De dónde sacaba David motivo para esta confesión? Del haber aprendido que nadie puede crecerse justo delante de Dios, y que el justo mismo se salva con dificultades. Por eso rogó diciendo: “No llames a juicio a tu siervo” (Sal 142,2) o, con otras palabras: “Ten piedad de mí, oh Señor, porque estoy sin fuerzas” (Sal 6,3).

VIII

El resto de humanos, también necesitados de compunción

Desde distintos puntos de vista, no podemos omitir la constancia de cómo Dios, en su perfección, no se olvida por nada de sus propias criaturas, y cómo nuestra salvación se apoya en su benignidad. Reconocerlo es signo de alma contrita y de espíritu humillado. Por eso, cualquiera que haya obrado cosas grandes y perfectas, que tema y tiemble más que los mismos pecadores. Y si no, que escuche cómo tiembla David, cuando dijo: “Si consideras las culpas, Señor, ¿quién podrá resistir?” (Sal 129,3). David sabía y tenía plena conciencia de la universal responsabilidad ante Dios por tantas deudas contraídas, y del hecho de que aun los pecados más pequeños, por sí, merecen grandes castigos. Por previsión, conocía ya las

leyes que vendría a dar Cristo, y creía en la grave pena con que él había amenazado no sólo a los asesinos, sino también a los violentos, a los maldicientes, a quienes consienten los malos pensamientos, a los que se ríen desmesuradamente, a los que dicen palabras inoportunas, a los que se divierten y a cosas aún de menor importancia.

De la misma manera habría hablado Pablo, aunque nada le remordía la conciencia cuando dijo: “Aunque no tenga conciencia de culpa alguna, por esto no estoy justificado” (1Cor 4,4). ¿Por qué? Porque aunque no hubiera hecho ningún mal, no por eso podía creer haber honrado a Dios en la debida medida. Aunque muriésemos infinitas veces, y volviésemos a vivir dando pruebas de toda virtud, no habríamos logrado rendir el honor debido a Dios por los bienes otorgados.

IX

Los dones de Dios

Considera cómo Dios nos ha creado del no ser al ser, y nos infundió un alma bien distinta de aquellas de los otros animales de la tierra. Para nosotros nos hizo un paraíso con la bóveda del cielo, creando debajo de él la extensión de la tierra, y en él espléndidas luminarias que adornan la tierra con lagos, fuentes, ríos, flores, plantas, y cubriendo el cielo con variadas constelaciones. Creó la noche para nosotros, más útil que el día para el descanso y la energía que nos da. Así, con el sueño, no menos que con los alimentos, nutre nuestro cuerpo, como podemos claramente comprobar por el hecho de que, mientras no podemos pasar muchas noches sin sueño, sí que se soportan muchos días con hambre.

Todo esto lo hizo Dios, y no porque él tuviese necesidad (porque se basta a sí mismo), sino para nosotros. Con el sueño quiso apagar y disolver el ardor almacenado en el día, bajo el efecto de los rayos solares y de las ocupaciones diarias, para restituarnos renovados y frescos al trabajo.

En la estación invernal, con las noches más largas, nos ofrece más reposo y calor, obligándonos a quedar a cubierto. La oscuridad más larga, en este período de tiempo, no es por pura casualidad, sino una permisión de Dios para un más prolongado descanso. Con esto, actuó como una madre que, amando entrañablemente a sus hijos, los acoge entre sus propios brazos, cerrándoles los ojos con la extremidad de su vestido para dormirlos.

Dios extendió sobre la tierra el velo de la noche para restaurar a los hombres de sus preocupaciones, porque sin este descanso quedaríamos destruidos por la actividad y por las innumerables pasiones que nos oprimen. Por esta presente condición, aún contra nuestra voluntad, aliviarnos las fatigas y las limitaciones del cuerpo, y no menos las del alma.

¿Y qué decir de la serenidad y de la calma de las horas nocturnas, en las cuales reina la paz más perfecta, sin rumores ensordecedores? Aquí no se escuchan los clamores del día, cuando uno gime por la pobreza, y otro grita por los ultrajes recibidos, y otro llora por enfermedad o mutilación, y otro por la muerte de los seres queridos, o por la pérdida de dinero u otro humano contratiempo. ¡De cuántas desgracias libra la noche al género humano! Lo salva de la tempestad, ofreciéndole el refugio de su puerto tranquilo. Todos estos bienes nos proporciona la noche, pero también son conocidos todos los que nos ofrece el día.

¿Y qué decir de Dios, que nos ha hecho tan fáciles las vías de comunicación? Para que pudiéramos fácilmente comunicarnos los unos con los otros, sin el inconveniente de largos viajes por tierra, congregó los mares, caminos más breves para recorrer por todas partes de la tierra. Los hizo para que, habitando como en una sola casa, pudiésemos estar uno con otros, y así poder más fácilmente dar cada uno al vecino aquello que personalmente posee, y también recibir de él lo que él tiene. Por los mares, aun siendo dueños de una pequeña porción de tierra, es como si la poseyésemos toda, pudiendo gozar todos de una

rica mesa, participar del vecino y de todo lo preparado por él, y también recibir, con sólo extender la mano, lo que al otro le sirve. Queriendo hablar de todo, mi discurso se haría extremadamente largo, y no lograría hablar más que de una mínima parte.

¿Cómo podría un hombre intentar medir la infinita sabiduría de Dios? Reflexiona, por ejemplo, sobre la diversidad de plantas, fructíferas e infructíferas que crecen en los desiertos, sobre la tierra, sobre los montes o en las llanuras. Considera la variedad de las semillas y de las yerbas, de las flores y de los animales de la tierra, anfibios o acuáticos. Piensa que cuanto vemos es para nosotros, cielo, tierra y mar y lo que en ellos se encuentra. Dios ha fabricado el mundo entero para que en él reine el hombre, como el constructor de una casa real, espléndida, fulgida por el oro brillante por el centello de las piedras preciosas. Para construir el techo de tal habitación, no utilizó piedras sino otro material más precioso. Encendió luces, y no sobre candelabros de oro, sino disponiendo sobre la esfera del cielo la existencia de luminarias que no sólo fuesen útiles, sino agradables a la vista. Hizo el pavimento como una mesa ricamente preparada, y se lo entregó a ese hombre que no le había dado prueba alguna de su bondad. No lo privó de tal honor, aun tras la falta de reconocimiento por los dones de su gran Bienhechor. Limitándose a arrojarlo del paraíso, con este castigo le impidió proseguir en el camino de la ingratitud.

X

La bondad de Dios

Estos y otros beneficios recapitula el apóstol, movido por el Espíritu de Dios: las cosas que hizo desde el principio y las que hace cada día, lo que singularmente concede a cada uno y lo que en común da a todos, tantas gracias conocidas y tantas otras desconocidas y misteriosas para nosotros. Se refiere sobre todo a los bienes ya concedidos dentro de la economía del Hijo unigénito de Dios, y a los que está permanentemente otorgando. Sobre todo, dirigió la mirada hacia todos los lugares, recogiendo y deduciendo el innegable amor de Dios, ahogándose como en los abismos de un mar profundo y dándose cuenta de cuántos y cuan graves pecados fue culpable (y cómo de ellos no haya pagado un mínimo rescate). Por eso habló Pablo, propiamente, como si hiciera un escrupuloso examen de conciencia de los pecados aún más leves, olvidando sus grandes virtudes. Nosotros, en cambio, no tenemos en cuenta, ni siquiera en la memoria, nuestros numerosos y graves pecados, y nos gloriamos de algún eventual y pequeño acto de virtud que no cesamos de exaltar e inflar hasta perder por vanagloria lo poco adquirido.

Así lo había predicho David, cuando exclamó: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?” (Sal 8,5). Y no sólo esto, sino que condenó también su ingratitud diciendo: “El hombre en la prosperidad no comprende, y comparado con los animales que no comprenden, parece semejante a ellos” (Sal 48,13).

XI

Ser agradecidos a Dios

Es siervo agradecido al Padre quien estima como ya hechos los beneficios otorgados a toda su familia, mostrándose comprendido, premuroso y casi deudor de todo. Éste es el comportamiento de Pablo, del cual es bueno volver a hacer mención. “Esta vida en la carne”, afirmó el apóstol, “yo la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se dio a sí mismo por mí” (Gal 2,20). Con tal expresión, no entendió limitar el don de Cristo, sino hacerse responsable de todo, exhortando a todos a hacer lo mismo. Si Cristo se hubiera encarnado solamente por uno, no sólo no habría envilecido su don, sino que lo habría revelado mayor. ¿Cómo? Demostrando, evidentemente, que por uno solo habría tenido el mismo cuidado de pastor, que va a la búsqueda de una sola oveja y, por su pérdida, se duele hasta las lágrimas.

XII

Ser generosos con Dios

Si alguno, habiendo recibido dinero prestado, y no pudiéndolo restituirlo porque está sumergido en un abismo de deudas y preocupaciones, no come ni duerme, ¿qué penas no debe soportar el justo, deudor que no debe dinero sino obras? Nosotros, al contrario, por poco que hayamos restituido nos comportamos como si hubiésemos liquidado toda la deuda. Más aun, como si hubiésemos pagado en exceso, y eso que no hemos dado más que una pequeña entrega y nos comportamos alegremente, como liberados que reclaman la justa merced y una abundante recompensa, pretendiendo (como esclavos o mercenarios) que todo sea tenido en cuenta. ¿Qué dices, oh hombre, cobarde y miserable? ¿Te propones cumplir lo que agrada a Dios, o vas pensando únicamente en la recompensa? Si después de haber caído en tu pecado, no estás dispuesto a hacer el bien con todas las fuerzas posibles, ¿ahora, en cambio, haces lo que agrada a Dios, y buscas otra merced?

Seguramente ignoras cuan bueno es agradar a Dios. Si lo supieras, no juzgarías que pueda existir otra recompensa igual a ella. ¿No sabes además, que tal merced crece si cumples tu deber sin esperar recompensa? ¿No ves también cómo, en el aprecio de los hombres, son tenidos en mayor consideración los que obran por agradar que por obtener la recompensa?

Hasta con los compañeros de esclavitud, algunos se comportan de esta manera, tan señorial. Y tú, en cambio, cuando tienes que obrar por tu salvación, antes de cumplir lo que debes estás contratando la recompensa con el Señor que te ha hecho tantos beneficios, y del cual tantos otros esperas.

¿De dónde nace nuestro cálculo, siempre frío y miserable? ¿Y nuestro descuido más completo, en toda obra generosa? Por eso no logramos ni la compunción ni el menor recogimiento espiritual, porque hacemos cálculos exactos de lo que debemos a Dios por nuestros pecados y por sus beneficios, y no tenemos presente, delante de los ojos, los grandes modelos de perfección.

Las obras buenas se nos escapan porque, en la prosperidad, nos falta medida, y porque cuando nos proclamamos pecadores no somos verdaderamente sinceros. Esto resulta claro por el hecho de que, cuando otros nos lo dicen, nos irritamos, montamos en furia y los calificamos de calumniadores. Así, lo que vamos diciendo es pura hipocresía, y totalmente opuesto a la conducta del publicano. Éste, ofendido por quien lo culpaba de numerosos pecados, no se sintió ofendido por sus insultos, y de la propia conducta sacó provecho para volver justificado, más que el fariseo. Nosotros, aunque tengamos una infinidad de pecados, ignoramos hasta qué cosa hemos de confesar.

XIII

Estar compungidos ante Dios

No sólo debemos estar convencidos de los pecados cometidos, infinidad de veces, sino también escribirlos todos (graves y leves) en el corazón, como en un libro. Hemos de escribirlos para llorarlos, como si los hubiéramos cometido recientemente, y así reprimir verdaderamente la soberbia del espíritu, haciéndole presente continuamente el recuerdo del mal cometido. Este recuerdo permanente de las culpas cometidas constituye un bien tan grande, que San Pablo no terminaba jamás de hablar de las culpas ya canceladas.

Con el bautismo, Pablo había lavado todo pecado precedente, y vivía una vida tan pura que la conciencia no le reprochaba ningún pecado para llorar. Por tanto, cuando dijo eso se refirió a aquellos pecados ya cancelados por el bautismo, diciendo: “Jesucristo ha venido al mundo para salvar a los pecadores, y entre éstos yo soy el primero” (ITm 1,15), y: “Me ha juzgado digno de confianza, y eso que yo antes fui un blasfemo, un perseguidor y un violento” (ITm. 1,12-13), y: “Yo perseguí a la Iglesia de Dios, y la desbastaba” (Gal 1,13), y: “Yo no soy digno de ser llamado apóstol” (1Cor 15,9). De hecho, aunque estamos librados y

absueltos de los pecados, sin tener que rendir cuenta, podemos todavía servirnos de ellos para remover a nuestra alma e inducirla al amor de Dios. Por eso, cuando el Señor interrogó a Simeón a cuál de los dos deudores a los que prestó, habría amado más, éste respondió: “Aquel, al cual ha perdonado más”, y Jesús le dijo: “Has juzgado bien” (Lc 7,43).

Recordando la multitud de pecados pasados, y solamente así, reconoceremos la abundancia de la gracia de Dios, y nos inclinaremos a la humildad, y seremos vigilantes. ¿Por qué? Porque cuanto más graves fueron las culpas cometidas, tanto más grande resultará nuestra confusión.

Mientras Pablo recordaba los pecados anteriores, nosotros, en cambio, no recordamos ni las culpas cometidas después del bautismo, ni las que corremos el peligro aún de cometer, y de las cuales debemos examinarnos con un severo juicio. Si alguna vez nos acontece recordar algún pecado cometido, casi tomados de una súbita emoción, rehuimos aun del más mínimo recuerdo que nos lleve a la contrición. Con ello obtenemos una indulgencia inútil, y agravada por innumerables consecuencias tristes, porque sin tal contrición, y con esta benignidad, no podremos jamás confesar cómo se debe las culpas precedentes. ¿Cómo confesarlas, si solemos alejar su recuerdo? Así, nos volvemos cada vez más proclives a cometer nuevos pecados. Llegaremos a eliminar la pereza y la negligencia, en cuanto es posible, sólo si mantenemos vivo el recuerdo y el temor en lo íntimo del alma. Si eliminas este freno, ¿quién podrá detenerlo de precipitarse sin temor, de abismo en abismo, hasta llegar al fondo de la perdición?

XIV

La compunción de los justos

A vosotros, que sois aventajados para obtener la compunción, bastará solamente que os acordéis de los beneficios de Dios, que olvidéis vuestras virtudes, que os examinéis diligentemente por si habéis cometido pecado venial, que fijéis la mirada en aquellos santos modelos que fueron más aceptos a Dios, que meditéis continuamente la inseguridad de nuestra condición futura y la posibilidad de caer en pecado.

Esto es lo que temía Pablo, cuando dijo: “Temo que, después de haber predicado a los demás, venga yo mismo descalificado” (1Cor 9,27). De la misma manera meditó en su corazón David, considerando los beneficios de Dios y diciendo: “¿Qué cosa es el hombre para que lo recuerdes, y el hijo del hombre para que te ocupes de él? ¿Lo has hecho un poco menor a los ángeles, de gloria y de honor lo has coronado!” (Sal 8,5-6). David olvidó sus virtudes aun después de la innumerable secuela de gestos verdaderamente filosóficos, y llegó a decir: “¿Quién soy yo, Señor Dios, y qué es la casa de mi padre, para que tú me hayas amado hasta este extremo? Esto pareció poca cosa a tus ojos, mi Señor: Tú has hablado también de la casa de tu siervo, para un lejano porvenir. Por ti, ésta es la ley del hombre, Señor Dios” (2Sm 7,18-20). Reflexionando continuamente sobre la virtud de los antepasados y, al compararse, David se juzga una nada, y después de haber dicho “nuestros padres esperaron en ti” (Sal 21,5), de sí agregó: “Pero yo soy un gusano, no un hombre” (Sal 21,7).

La incertidumbre del futuro la tenía siempre ante los ojos, hasta el punto de pedir a Dios: “Conserva la luz a mis ojos, para que jamás me sorprenda el sueño de la muerte” (Sal 12,4). David se estimaba reo de los pecados, y por eso rezaba: “Perdona mi pecado, que verdaderamente es grande” (Sal 24,11).

XV

La compunción de los pecadores

Para vosotros, aventajados, bastará solamente esta medicina. Para nosotros, en cambio, hace falta otra: aquella que sea potentemente capaz de eliminar la soberbia y toda arrogancia.

¿De qué medicina hablo? De la multitud de los pecados y de la mala conciencia, dos cosas que, cuando realmente las valoramos, no nos permiten, aún queriendo, elevarnos hacia lo alto.

Por eso, en verdad, te invoco y te suplico, por aquella confianza que, gracias a tus obras santas, has conquistado ante Dios. Alarga tu mano hacia mí, que no ceso de rogarte, para que pueda adecuadamente deplorar mi pasado y empapar con llanto el camino amigo que me conduce al cielo. Que no tenga que sufrir las penas de los condenados, descendiendo al infierno, donde nadie puede confesar los pecados (dado que no hay nada más que pueda liberarnos). Mientras permanecemos aquí abajo, podremos recoger de vosotros frutos sabrosos, y vosotros podréis ser para nosotros beneficiosos en sumo grado. En cambio, cuando hubiéramos llegado allá, donde ni amigo, ni hermano, ni padre pueden ayudarnos, entre las penas, entonces será irremediable sufrir el eterno suplicio en la angustia, entre las profundas tinieblas privados de todo consuelo, perenne bocado para el fuego devorador.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA